



"Una ciudadanía emancipada es una práctica conflictiva con el poder, que se va construyendo dinámicamente mediante un ejercicio que garantiza el respeto por la diversidad de opiniones", definió



cazadoras



- 4 | **una flecha para dar en el blanco de las noticias**
Sonia Tessa
- 5 | **A los puñetes**
Silvina Tamous
- 6 | **Legal o clandestino**
Arlen Buchara
- 7 | **romper el silencio**
Mariela Mulhall
- 8 | **escribir desde el deseo, soportar el acoso**
Cecilia Vallina
- 9 | **insoportables, insistentes y pesadas con las palabras**
Candela Ramírez
- 10 | **chicas malas**
Carina Ortiz
- 11 | **memorias de una joven en el tribunal**
Alicia Salinas
- 12 | **pelear cada letra del lenguaje**
Lucía Demarchi
- 13 | **desobediencia debida**
Ana Laura Piccolo
- 14 | **pensar, recordar, releer**
Daniela Colonnello
- 15 | **pelearla desde adentro**
Bianca Ossola
- 16 | **fecunda estrategia**
Carolina Monje
- 17 | **una forma de redención**
Elsa Olidde
- 18 | **el día que nos dijimos feministas**
Arlen Buchara
- 19 | **un pizarrón para deconstruirnos**
Negui Delbianco
- 20 | **crece y crece y no deja de crecer**
Virginia Giacosa
- 21 | **con lugar para la camaradería**
Ivana Romero
- 22 | **afuera del molde o el derecho a la identidad**
Paola Cándido
- 23 | **Lo que no se nombra, no existe**
Pau Turina
- 24 | **contar la felicidad**
Luciana Sosa
- 25 | **un colectivo de trabajo**
Marianela Bocanegra
- 26 | **¿qué fue de La Armadura?**
Silvia Querede
- 27 | **traducir la experiencia en texto**
Gabriela Morales
- 28 | **oro en el grabador**
Laura Hinze
- 29 | **1999**
Vande Guru
- 30 | **una experiencia política**
Berta Zonofowicz
- 31 | **De medea, Amazonas y Eva**
Graciana Petrone
- 32 | **un exorcismo del miedo**
Daniela Barreiro
- 33 | **La chica que fue Carrie Broadshaw**
Fernanda Blasco
- 34 | **girls wanna have fundamental rights**
Luciana Mangó
- 35 | **un diario feminista**
Batata Carpintera

Producción general. Sonia Tessa,
Arlen Buchara, Juan Aguzzi y
Matías Ramírez

Ilustración de tapa. Rouse

Cuadrilla feminista

Malena Guerrero, Flor Garat,
Rocío de Zavaleta, Angelina
Pedemonte, Estrella Mergá, Cris
Rosenberg y M. Victoria Gómez H

Este producto es propiedad
de Cooperativa de Trabajo
LA CIGARRA LIMITADA,
editora del diario
El Ciudadano & La Región y de
www.elciudadanoweb.com
Matrícula Nacional N° 55984
Matrícula Provincial N° 3707
Redacción: Brown 2793,
Rosario, Santa Fe, Argentina.
Fijo: +54 (341) 435 3798
Móvil: +54 (341) 156-707909
Contacto comercial:
ventas@elciudadanoweb.com
(CC) Atribución-Compartir Igual 2.5,
Argentina. Todos los derechos
reservados

Impreso en
XANTO [conceptos gráficos]
Rosario, Santa Fe, Argentina 2019



Entre el 13 de julio y el 9 de noviembre de 1999 todos los martes el diario *El Ciudadano* publicó *La Cazadora*, el primer suplemento con perspectiva de género de Rosario. Se trataba de un emprendimiento colectivo de algunas periodistas de la sección Ciudad que durante esos meses planteó temas desde las perspectivas de las mujeres. La experiencia duró apenas 5 meses y tuvo 18 números. Después se convirtió en una doble página de una revista hasta que desapareció.

En el pliego de cuarto páginas de *La Cazadora* se dieron los primeros pasos para pensar la agenda de las mujeres desde una perspectiva que intentaba romper con la lógica machista. Fue el lugar donde por primera vez se publicaron cifras de aborto de Rosario, donde varones escribieron sobre la violación dentro del matrimonio o donde una diseñadora se animaba a no hablar de moda.

El Ciudadano había nacido en octubre de 1998 con un plantel de periodistas que buscaba contar noticias con otra mirada y una empresa que prometía un siglo por delante. Dos años después llegó el primero de muchos conflictos que constituirían su identidad: un diario con trabajadoras y trabajadores que pelean por la continuidad laboral y por mantener viva una voz no hegemónica en la ciudad. En medio de las luchas constantes, la agenda de género y diversidad sexual siempre estuvo en sus páginas, la mayoría de las veces gracias al esfuerzo individual de las periodistas.

A fines de 2016 llegó un nuevo revés. El Grupo Indalo que gestionaba el diario decidió retirarse y abrió una nueva etapa de lucha. Esta vez, la decisión colectiva fue la de transitar la autogestión a partir de la formación de la Cooperativa de Trabajo La Cigarra Ltda. Con el medio de comunicación en nuestras manos el seguimiento de la agenda de los feminismos se volvió una política y una parte fundamental de la línea editorial. Los temas que antes quedaban marginados están hoy en las tapas y marcan agenda a nivel regional y nacional. Y lo hicimos a través de un proceso de capacitación, discusión y construcción diaria.

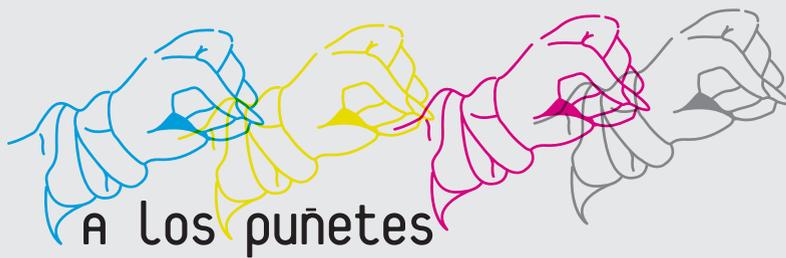
A 20 años de una publicación que marcó una vanguardia en el periodismo feminista de la ciudad, desde la Cooperativa La Cigarra Ltda. invitamos para este libro a quienes escribieron en *La Cazadora* y en *El Ciudadano* a lo largo de estos 20 años de construcción de periodismo feminista. *

una flecha que dio en el blanco de las noticias

🏹 Todavía las redacciones eran cosa de varones. Nosotras estábamos, sí, pero éramos invisibles. Veíamos los temas, queríamos contar las historias que nos atravesaban, sentíamos las injusticias como una afrenta. Vimos una oportunidad. Propusimos un suplemento para tratar temas de mujeres. No queríamos ser una, queríamos multiplicarnos como se fueron multiplicando los feminismos. Fuimos *La Cazadora*, sacamos pocos números, pero lanzamos una flecha. Proponíamos otros temas, una mirada oblicua de la agenda periodística, otros protagonistas. No queríamos hacer historia, pero esa historia nos quemaba en las manos. El silencio era ominoso, y nosotras queríamos hablar de lo que pasaba, de lo que venía pasando de un modo muy subterráneo, y que hoy inunda la agenda periodística, la vida social, las calles, como una marea imparable. Las compañeras que siguieron en *El Ciudadano* después del primer cierre soportaron más afrentas, hicieron más esfuerzo, corrieron los límites, afianzaron los temas. Vivieron tiempos más complejos: el diario que hoy es cooperativa siempre se defendió en la calle. Peleando, claro, pero también con la agenda propia que supo construir. Las periodistas tomaron sus temas y nunca los abandonaron. Le pusieron su propia mirada que –al compás de una sociedad que los iba descubriendo– creció paulatinamente. Recuperar la historia de *La Cazadora* veinte años después no es un ejercicio nostálgico, sino un gesto desde el presente hacia el futuro. Muchos de aquellos temas que balbuceábamos –y claro que no éramos las primeras en plantearlo– hoy son pisos de consenso social, muchas de aquellas notas, hoy son escritas de otra manera, con otro sustrato, en un diario que ya no tiene un suplemento feminista, sino que es feminista. Y con esa perspectiva aborda todas las noticias. La flecha llegó muy lejos, y dio en el blanco. *



Flor Garat



A los puñetes



Convivíamos en un territorio masculino: la estructura, la mirada, la manera en que se concebía el trabajo de una mujer. Todo era de ellos, de esa estructura patriarcal que se fue limando de a poco a medida que las cabezas fueron cambiando. En cada uno de los trabajos que tuve desde mis veinte años tuve que desarrollar una coraza para poder seguir. Huí de mi primer trabajo en una fábrica de perfumes acorralada por un dueño baboso amigo de mis padres. Huí de los comentarios lascivos de un jefe en un programa de radio. Pero había que seguir. Quería escribir y vivir de eso. Así que de a poco me fui masculinizando. Fue mi manera de afrontar esos lugares de decisión que sólo estaban reservados para los varones. La revolución de las mujeres vino con docencia de las más chicas. Pero también vino con una obligación de revisar ese pasado, de recordar cómo era. Y con ello llegó una lista interminable de abusos que en ese momento no entendíamos como tales. El abuso estaba tan naturalizado, que ni siquiera lo podíamos poner en palabras. Y cuando lo hacíamos nos trataban de locas. Es verdad que *El Ciudadano* fue distinto. Quizás porque quien lo armó, Claudio Demarchi, eligió cada uno de los nombres que formaron ese engranaje con tanto cuidado que todavía funciona. Eran otros vientos que empezaban a soplar, pero era difícil. Encima trabajar en Policiales. Una sección donde las mujeres no tenían demasiado espacio, donde las fuentes, muchas de ellas de la policía, equiparaban tu jerarquía con la de ellos. Y encima yo no era madre, algo que muchos miraban con desconfianza. Las mujeres ganábamos algunos lugares, pero no éramos tratadas de la misma manera, nuestra opinión no pesaba. Y para hacerla valer yo utilizaba la persuasión, la confusión, los gritos, los insultos y, por último, cuando nada resultaba quedaba el llanto y la bronca. Y ahí

venían las ganas de tirar la toalla. Cuando la dureza abandonaba el cuerpo y me dejaba sola, tal cual era: parece que todos lo veían. Y ese día te la cobraban. Tenés un carácter de mierda. Vos estás loca. Muchas de esas cosas eran un karma para mí, pero no había otra forma. No servía en esa época explicar la estructura patriarcal, la imposibilidad de tratar a una mujer como igual. Pero había que seguir: ganarse el pan era, como nunca, con el sudor de la frente. Había que mantener abierto un diario, algo que sólo a nosotros nos interesaba. Había que pensar qué hacer que no fuera un paro para cobrar el sueldo, y pensar si había un futuro. Nos manifestábamos, tocábamos el redoblante, prendíamos bombas de estruendo. Y hacíamos el diario todos los días. Cuando la lucha aparecía, nos igualaba. Después la estructura se rearmaba en la redacción, con los hombres a la cabeza, y cada uno en su lugar, como si fuera natural. Hoy todo eso parece lejano. Lo revivo a veces, cuando las jóvenes me enseñan todo aquello que estaba mal y hoy se denuncia; las cosas que yo defendía a los puños, a los gritos, como podía. Nunca me consideré, al menos antes, una militante feminista. Que si bien había leído, había admirado y respetado a todas aquellas teóricas sobre los derechos de las mujeres, que me leía mi eterna maestra Alma Maritano, yo sólo sabía luchar de otra manera, por los derechos de todas o de todes. El derecho a trabajar, a escribir lo que queríamos, a que nadie sufra maltrato en un lugar de trabajo. Luchaba porque no sabía o no podía de otra manera. Hasta que esas maestras jóvenes llegaron y me cambiaron la cabeza. Hoy se lucha distinto, pero con las mismas ganas. Aunque es claro que esa lucha ya no es en soledad. Las mujeres se empoderan solas. Y también lo hizo *El Ciudadano*. Se impuso a los puñetes, como yo. Y ahora aprende cada día a luchar de otra manera. *



Legal o clandestino

2018 quedará en la historia argentina como el año en que el aborto salió del clóset. Por primera vez el Congreso Nacional debatió un proyecto de ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE), propuesto por la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito. La discusión salió de las puertas del edificio parlamentario y se metió en todos lados, acompañada por una enorme movilización popular y feminista. Desde *El Ciudadano* nos propusimos seguir el debate día a día. Vimos que desde Rosario teníamos mucho para decir y podíamos marcar la agenda nacional desde lo local. Cubrimos las exposiciones de referentes y especialistas en comisiones, dimos cuenta de la importancia de la producción pública de misoprostol, entrevistamos a distintas personalidades que podían aportar al debate, indagamos sobre el modelo de salud pública rosarino, nos preguntamos qué pasaba en los colegios religiosos o cómo era la revolución de las pibas que copaban las calles. También estuvimos en el Congreso el 13 y 14 de junio en el debate de Diputados y el 8 y 9 de agosto en el Senado. Con el paso de las semanas "Aborto" era la palabra que iniciaba decenas de titulares que circularon por las calles, computadoras y teléfonos celulares de la ciudad y del país. La madrugada del rechazo en el Senado, *El Ciudadano* tuvo un cierre de edición que aún está vivo en las paredes de la redacción de Ovidio Lagos y Brown. El horario de entrega de las páginas a la planta impresora era a la medianoche, pero la votación de los senadores se extendía. La tapa del diario papel del 9 de agosto reflejó el riguroso "al cierre de esta edición el Congreso votaba la ley del aborto". Sin embargo, los tiempos de hoy resisten la idea de un cierre y entendimos que en la votación se jugaba mucho más que un "sí" o un "no". Esa madrugada diseñamos una tapa que circuló desde la mañana del 9. Fue la primera vez que hicimos una tapa digital y daba cuenta de la verdadera discusión de fondo: el aborto es legal o es clandestino. *

Jueves
06.08.2018
Año 2. Nº 24
Rosario, S. Argentina
\$17
www.elciudadano.com

EL CIUDADANO
a la región

Algo rubiado
2° LP
Volumen rosarino
del octavo sur

ABORTO

CLAN
DES
TINO

En el Senado se impuso el rechazo a la Interrupción Voluntaria del Embarazo, y todo seguirá como hasta ahora. O no tanto: la marca verde que motorizó el debate y logró histórica media sanción no tiene vuelta atrás, y más temprano que tarde el derecho ganado en las calles será ley

romper el silencio



Recuerdo una charla que tuvimos con Sonia Tessa en algún recreo fugaz de la redacción de *El Ciudadano*. Que con el lanzamiento de *La Cazadora* se convirtió en propuesta. ¿Cuántos abortos se practican en Rosario?, fue la pregunta que disparó la nota. Por la ilegalidad, esos datos estaban ocultos aunque sí se sabía –vaya hipocresía– que el aborto era la primera causa de muerte materna. No contar casos hacía invisibles a las víctimas. El reto era conocer cuántas rosarinas estaban sometidas a la clandestinidad. A nivel nacional se conocían cálculos a partir de tasas de nacimientos, uso de anticonceptivos, ingresos por complicaciones. Walter Barbato era jefe de Ginecología del hospital Centenario y accedió a hacer una estimación local. El informe arrojó que en la ciudad se realizaban 10.189 prácticas inducidas al año, casi 30 por día, y *La Cazadora* lo publicó bajo el título “Aborto en Rosario, las cifras del silencio”. Esa nota y las que siguieron, desataron la ira de funcionarios provinciales y la persecución de fuentes. Es que era la primera vez que le poníamos números a un tema tan incómodo para el poder y tan doloroso para las mujeres. Por aquellos días de 1999 abrazaba el feminismo más desde lo empírico que desde lo conceptual. Y en el periodismo construía mi versión casi sin saberlo, un poco con los temas que elegía investigar y otro poco estimulada por compañeras lúcidas, algunas lecturas, la pelea cotidiana. Era una feminista caótica que despertaba. En la redacción había que pelearla para que los títulos de tapa visibilizaran nuestros derechos. No existían políticas editoriales con una perspectiva de género como sí la tiene *El Ciudadano* de este nuevo tiempo. A veinte años, releo aquella nota que me ayudó a despertar. Y también me alegra que haya sumado a la construcción del periodismo feminista de mi ciudad. *

momento del clic

Siempre hubo igualdad. Fotografía estaba compuesta por nueve varones y yo. Estricta igualdad al momento de cubrir un policial, una práctica o partido de cualquier deporte, espectáculos, *La Cazadora* y todo lo que pasaba en la ciudad en aquellos años de fin de siglo. Igualdad y respeto. Pero en septiembre del 99, y sólo por ser mujer, tuve que hacer una foto especial. A los varones se les iba hacer difícil conseguir una modelo que posara desnuda para la nota sobre aborto. Momento del clic. Me sentí diferente. Ese día con la Negra Tamous habíamos regresado de cubrir durante dieciséis horas la Masacre de Ramallo: corridas, muchos disparos, oscuridad, incertidumbre, cadáveres, agotamiento. Pensé: todos podemos cubrir todo hasta que tenemos delante el cuerpo desnudo de una mujer, ¿eso nos convierte en diferentes? A pesar del tremendo cansancio hice mi trabajo y la nota con su foto se publicó en tiempo y forma. Veinte años después, con tanta deconstrucción, estoy completamente segura que alguno de mis cumpas me diría: “Flaca, andá a descansar, la foto para la nota de aborto la hago yo”. *



Mariela Muthall
Ex trabajadora de El Ciudadano

Fernanda Forcaia
Ex trabajadora de El Ciudadano

escribir desde el deseo, soportar el acoso



En un diario nuevo que tenía la pretensión de competir con el diario hegemónico de la ciudad y que nos hizo sentir que éramos parte de una experiencia excepcional a nivel político y profesional, fuimos varias compañeras las que entendimos que debíamos discutir una agenda de género. Así nació el suplemento *La Cazadora*. El nombre irradiaba para nosotras la potencia que contiene esa figura enunciada en femenino, donde están presentes el cuerpo, el deseo, la mirada atenta, la capacidad de formular estrategias, la persistencia, la valoración de la experiencia, la transmisión de los saberes. No se trataba de igualarnos en demostraciones de fuerza ni en voluntad de dominio. Pero es innegable que en la elección de esa figura colocamos un elemento que cuestionaba las representaciones que la agenda de género tenía hace veinte años, cuando el cupo femenino era un triunfo y fue obligatorio incluir mujeres en las listas a diputados y concejales. Vivimos esas tensiones en los medios de comunicación por los que transitábamos y en el mismo diario donde se acompañó la salida de un suplemento de tales características. Cuando éste dejó de salir, emergieron algunos hombres viejos (no hago referencia a la edad) que no sólo dejaban desde el anonimato carteles denigrantes en los monitores de sus compañeras sino que contaban con la complicidad de sus jefes, que se limitaban a escuchar los reclamos y, en el mejor de los casos, interceder para que cesara lo que hoy llamaríamos "acoso". Pero esa situación estaba lejos de ser expuesta como un problema. Es posible que el hombre que trabaja hoy en la redacción de un diario no escriba en la pantalla de su compañera un mensaje acosador. Y es seguro que, en caso de que lo haga, la mujer pueda presentar, sin presiones, una denuncia en la misma estructura de la redacción y ser escuchada. Es imperioso recordar que hasta no hace muchos años, el acoso laboral, la violencia de género o la despenalización del aborto no tenían el peso que tienen hoy debido a la multiplicación de los debates, la persistencia de políticas públicas que han defendido los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y han contribuido a instalar el enfoque de género en los programas de gestión. Pero por sobre todo, debido a la irrupción en el espacio público de una nueva generación de mujeres que tomó la palabra política con una libertad inusitada y una alegría desbordante. *

Cecilia Vallina
Ex trabajadora de El Ciudadano

Angelina Pedemonte





Insoportables, insistentes y pesadas con las palabras



A los catorce me gustaba escuchar música sola en mi pieza y bailar y bailar y bailar. Todavía lo hago. Me descargaba canciones de internet y también los discos preferidos de los chicos que me gustaban. A los catorce volvía locos a mis viejos para que me dejaran salir de noche los fines de semana. “Va todo el mundo” era mi argumento más fuerte. Lo planteaba como de vida o muerte aunque nunca se me había ocurrido que para una chica podía terminar así. Pensar neuróticamente qué palabras usar y por qué es algo que me acompaña desde siempre. Desde un texto escolar o académico hasta un mensaje de Whatsapp o una discusión mano a mano. Muchas veces me pregunté qué estaba buscando con esa insoportable corrección de mis palabras. El feminismo es transversal y atraviesa muchas disciplinas y territorios, pero en su cruce con la comunicación es donde me siento más interpelada. Hablar en femenino ¿para qué? Usar la x o e, qué pesadas. Interrumpir conversaciones donde sobrevuelan ideas rancias, qué insistentes. En mayo de 2015 nos enteramos que una chica de catorce años había sido asesinada por su novio. No era el primer femicidio que escuchábamos pero esta vez la ira se tramó diferente y las redes se llenaron de conversaciones que confluyeron en una marcha el 3 de junio en todas las ciudades del país. Unas avisaron que llegaban sobre la hora, otras que estaban desde temprano y otras que nos teníamos que ir antes. Pero ninguna de mis compañeras de siempre y las que todavía no conocía, faltamos. Ese primer alarido en forma de Ni Una Menos nos volvió más insoportables, insistentes y pesadas con las palabras. Porque lo insoportable es la impunidad y lo que no se aguanta es la indiferencia. Porque femicidio no es crimen pasional y porque no somos ni santas ni putas ni de nadie. *

Candela Ramírez
Colaboradora de El Ciudadano

chicas malas



De los seis mil detenidos que tiene la provincia de Santa Fe, 230 son mujeres. Si miramos los números fríos podríamos decir que el porcentaje es menor, pero no es así. La defensora general Jaquelina Balangione contó que en los últimos 10 años el porcentaje de mujeres encarceladas aumentó en un 20 por ciento mientras que el de los hombres estuvo cercano al tres por ciento. Lo que implica una ampliación de la política de persecución penal para ellas. Teniendo en cuenta las historias detrás de los números, el sujeto de persecución penal es hombre, joven, con poca instrucción o nula, de escasos recursos, que habita en la periferia. Ahora se suman mujeres que atraviesan las mismas condiciones de vida. Pero si vamos un poco más allá hay algunas características que se repiten en este nuevo estereotipo de "chica mala" que traspasó el margen legal y moral de la comunidad. Por lo general, crecen y viven con poca o sin contención, con gran nivel de vulnerabilidad y muchas fueron víctimas antes de ser victimarias. Están aquellas que ingresan al mundo del delito para sostener su economía doméstica. Otras porque el hombre con el que comparten sus vidas cae detenido y terminan haciéndose cargo del espacio que dejaron o ingresan a estructuras delictivas en sus fases más débiles y terminan siendo fusibles fácilmente reemplazables de la organización. También están las que cortan el círculo de violencia en el que están inmersas levantándose contra su agresor o son madres, generalmente jóvenes, que terminan acusadas por abandono de personas, lesiones, tentativas de homicidio u homicidios de sus propios hijos, ganándose el cartel de malas madres. Se enfrentan a un sistema judicial conservador y poco afecto a la perspectiva de género, que recién ahora se está dando un espacio de discusión en este campo, ya sea por las inquietudes personales de algunos funcionarios o por algunos incipientes proyectos institucionales sobre la materia. Dicen que el Poder Judicial es el último eslabón de la cadena. La vulnerabilidad y la ausencia estatal en instancias previas muchas veces terminan en la criminalización de situaciones que podrían haber tenido otras respuestas. *

Carina Ortiz
Trabajadora de Judiciales de El Ciudadano

memorias de una joven en el tribunal

Empecé a trabajar en *El Ciudadano* en julio de 1998, a los 21 años. Hacíamos los números cero del diario que nacería en octubre de ese año. Cuando el primer día se repartieron los temas, un piquete de portuarios no parecía el mejor escenario para una jovencita y la crónica quedó a cargo de un compañero. Yo fui a hablar con el entorno de dos adolescentes atropelladas que reclamaban la aparición del conductor prófugo. El caso continuó en Tribunales por dos o tres jornadas y me tocó cubrirlo. Mis jefes decidieron que siguiera yendo todos los días. Me pareció un disparate; además en Comunicación Social no tenía ninguna materia relacionada con el Derecho. Me dijeron: "Dale para adelante, vos podés". Me quedé en los Tribunales diez años. Escuchar a las víctimas y a sus familiares, darles voz, sería un factor común del trabajo periodístico en el marco de un proceso penal arcaico sin lugar para los damnificados. No existía la prensa institucional; los corresponsales eran varones con oficio y agenda propia (había periodistas mujeres que iban a cubrir notas pero no presencia diaria). Descubrí muchas historias para contar: en los expedientes, en los pasillos, en los bares cercanos, hasta en la plaza del Foro. Algunas no figuraban en agenda o faltaba un modo de abordarlas, por ejemplo desde la perspectiva de género. Con el tiempo se sumaron otras compañeras a "hacer" Tribunales, el proceso penal se reformó a oral y público. A fines de los noventa trajiné en un ambiente machista –por empezar, la mayoría de los magistrados eran hombres–, en el contexto de una justicia patriarcal. Escribí fundamentalmente para las secciones Ciudad y Policiales. Vi de cerca el rostro de la violencia y de la injusticia; ojalá quienes ahora se enfrenten a él tengan más y mejores herramientas, y que, sobre todo, lo encuentren más pequeño. *

Alicia Salinas
Ex trabajadora de El Ciudadano

NUEVAS VOCES

NUEVAS FUENTES

NUEVAS PERSPECTIVAS

NUEVAS REALIDADES

pelear cada letra del lenguaje



La mayor parte de mi carrera periodística la hice escribiendo páginas policiales. Cuando empecé a trabajar en *El Ciudadano* era 2006, tenía 20 años y nunca había escuchado la palabra femicidio. En vez de eso hablábamos de crímenes pasionales. Asesinatos movidos por una pasión, casi siempre el amor. El amor como justificativo para matar a una mujer. Los celos. La responsabilidad de la mujer en su propio homicidio. Crimen pasional: las mismas palabras salidas de la boca de los vecinos, de la policía, de los jueces y reproducidas por los diarios, las radios, la televisión. Costó instalar la idea de que detrás de eso había una disculpa al victimario, que no es inocente teñir de amor la forma más extrema de la violencia de género, que las palabras construyen el mundo y que, por eso mismo, no da lo mismo una que otra. Los medios de comunicación son los principales responsables de esas construcciones y por eso los que ponemos a circular la palabra tenemos que asumir la misión de no reproducir y reforzar los estereotipos que encarnan la violencia verbal y simbólica hacia las mujeres. Hoy estas discusiones no se dan solamente en pequeños nichos: se instalaron en la sociedad, se charlan en el colectivo y algunas incluso fueron recogidas por las instituciones. Estamos repensando, desarmando y reconstruyendo colectivamente la realidad, desde el lenguaje y desde el feminismo. Ponemos en crisis las palabras y las propias estructuras que violentan e invisibilizan a las mujeres. Asumimos que el lenguaje es político y que es en ese campo donde hay que librar la batalla. *

Lucía Demarchi
Trabajadora de Política de El Ciudadano

desobediencia debida



En la jerga periodística decimos “policiales” a la cobertura de hechos de violencia que pueden enmarcarse en la infracción a la ley penal. Aunque esas historias no entiendan nada de leyes. Detrás de cada homicidio, abuso sexual, gatillo fácil, femicidio hay hombres y mujeres vulnerados. Buscar esos relatos, escucharlos, contarlos desgarran el corazón. Por eso escribir para Policiales es, ante todo, una tarea triste. Cuando la protagonista de la crónica policial es una mujer, la cuestión de género surge como una prioridad. Porque en la condición de mujer hoy se centra un debate soterrado a lo largo de la historia. A este despertar masivo de los últimos años, los medios le dan una visibilidad pocas veces vista, siempre y cuando victimizar a la mujer no ponga en juego su lugar de pasividad social. Para las desobedientes, el destino es otro. En una sociedad que oprime y silencia a los más débiles, la mujer que se atreve a romper con los esquemas es criminalizada y estigmatizada desde todos los ámbitos. Las cárceles están llenas de ellas. En la Argentina, más del 70 % de las presas cumple prisión preventiva. Es decir, están encerradas sin condena, en un porcentaje mayor que el de los hombres y por delitos menores: tenencia y transporte de drogas, tentativa de hurto y otras indisciplinas –no violentas– de la pobreza. La violación de los derechos humanos dentro de las prisiones es sistemática y vale para todas y todos, incluidos los niños. Pero para las desobedientes el castigo es doble. Quizás porque no sólo infringen las leyes escritas. También desafían el ejercicio de la pasividad. La cárcel está ahí para romperlas. El encierro y el trato degradante se encargan de regresarlas a su lugar original y devolverles ese único derecho del que osaron rebelarse: el de ser víctimas. Detrás de las rejas, el maltrato, la tortura o la muerte no tienen género. Pero escribir sobre estas mujeres invisibles y en constante peligro es una tarea pendiente del periodismo. Porque las historias tristes no siempre están del otro lado del que aprieta el gatillo. *

Ana Laura Piccolo
Trabajadora de Policiales de El Ciudadano

La Cazadora

Suplemento temático de El Ciudadano / Martes 28 de setiembre de 1999



El uniforme de las chicas de la fuerza es lo que ves que es un policía y le importa muy poco si son "hombros o mujeres", creen algunas. Otras sienten que inspiran "más confianza" y, a veces, "más respeto".

Mujeres policías las CHIQUES DE LA FUERZA

Por Sibina Teneac

Tradicionalmente se inviste en lo femenino. "Cuando estás vestida con el uniforme, el género que ve es que son un policía y le importa muy poco si son hombre o mujer", dice una de las jóvenes que ingresó hace un año a la Policía. Pero otras tienen una opinión diferente, creen que la imagen de la mujer genera "más confianza", y a veces "más respeto". Algunas ingresaron a la fuerza atraídas por una vocación muy fuerte, otras porque la opción parecía una solución tanto

económica como personal. Sin embargo, el nuevo trabajo no les impide seguir estudiando, en algunos casos, carreras que poco tienen que ver con la función policial, como licenciatura en arte o el profesorado de maestra jardinera.

Las solteras dicen que cuando conocen a un hombre, y le revelan que son policías, ellos se asustan un poco, pero después se acostumbran.

También es cierto que si bien cada vez hay más mujeres, los

problemas parecen llegar cuando las ascienden, cuando asumen la responsabilidad de una sección, que es el momento en el que —según ellas— hay que mostrar más que nunca su capacidad.

La subcomisaria Antonia Gutiérrez es la primera mujer en la Jefatura Regional II en ocupar el cargo, como es la de Relaciones Públicas y Prensa. Y de su aparición en esa categoría, la estética toma importancia, no solo por la cantidad de mujeres

que componen por la producción mostraban tanto en las retenciónes, y con parecido al de un comisario saliendo a un caso y a las muchas horas que se cumplen, es posible que siempre estuviera en la oficina.

"Es la primera mujer, revistega a un lugar que quien desliza dice: "Porque tenemos algo que hacer ahora."

cuando, hasta un momento, solo había sido la primera mujer en la Jefatura Regional II en ocupar el cargo, como es la de Relaciones Públicas y Prensa. Y de su aparición en esa categoría, la estética toma importancia, no solo por la cantidad de mujeres



La Cazadora



Mujeres policías, las chicas de la fuerza

El uniforme de las chicas de la fuerza es lo que ves que es un policía y le importa muy poco si son "hombros o mujeres", creen algunas. Otras sienten que inspiran "más confianza" y, a veces, "más respeto".



pág.



pág.

pensar, recordar, releer



Trabajé en *El Ciudadano* entre 1998 y 2005, con un corte de un año y medio posterior a la fusión con *La Capital*, en 2000. El cambio en lo que hace a la voz de la mujer en la sociedad ha sido tan grande y vertiginoso desde entonces que obliga a pensar, recordar, releer notas de ese período inclusive, para traer al presente aquellos días. En esa época, en la redacción de *El Ciudadano* había unas cuantas mujeres, alguna a cargo de una sección, ninguna en la dirección. Si mal no recuerdo, era la única que escribía sobre política y, más adelante, sobre economía. Confieso que estaba ajena a la cuestión de género en lo formal. Las áreas que había elegido no ayudaban: tampoco abundaban las mujeres en ninguno de esos mundos. La Ley de Cupos en las listas electorales se había aprobado a principios de los 90 y muchas de las mujeres que aparecían eran nombres sacados de la galera para cumplir. Pero la exigencia en una redacción y en secciones dominadas por varones se sentía. En ese clima me seguía pesando, además, el hecho de no estar formada en periodismo o comunicación social, sino en ciencia política. Cómo si ese título no me aportara nada. Como sea, el gusto por esos temas fue más fuerte, no hubiera elegido otra cosa. Nada tiraba más que la cobertura de un acto político, la discusión sobre privatizaciones o reforma constitucional; ni hablar de las noches de elecciones. La crisis de 2001 también es un recuerdo nítido e intenso pese a lo agobiante de esos meses. Visto desde hoy fue un tiempo de enorme aprendizaje. Es decir, ni fácil, ni simple, ni lineal. Y donde el apoyo, estímulo y guía de algunos compañeros generosos –tanto mujeres como varones–, fueron decisivos para el paso siguiente. *

Daniela Colonnello
Ex trabajadora de El Ciudadano



Malena Guerrero



pelearla desde adentro



Trabajar en *El Ciudadano* es un desafío constante que implica profesionalismo, trabajo, pero principalmente pasión. Porque sin ese ingrediente, las notas no serían lo mismo. Al menos así entiendo el periodismo y así me gusta ejercerlo. Escribir en el diario me abrió puertas impensadas como la posibilidad de viajar a cubrir un inminente Mundial en Francia. Y nada menos que de fútbol femenino, una disciplina en la que puedo unir tres pasiones: el fútbol, el feminismo y el periodismo. Desde chica quise ser periodista deportiva, pero durante un tiempo estuve peleada con esa profesión. No me gustaban los programas que existían (y muchos que aún perduran), la forma de hacer periodismo me era extraña y me desamoraba ver pocas mujeres cumpliendo ese rol. Eso aún continúa, pero acá estamos para revolucionarlo. Ser la primera mujer que escribe en el suplemento deportivo del diario es un orgullo y tiene que ver con una política de la Cooperativa La Cigarra que excede a la sección y que atraviesa a cada una de las personas que formamos parte del colectivo de trabajo. Significa incluir la perspectiva de género y de derechos humanos en cada nota que sale, independientemente de la sección. Aunque hacerlo en deporte no es tarea fácil. Principalmente porque es uno de los nichos del machismo y está impregnado en todos los espacios que lo rodean, tanto dentro como fuera de las canchas. Más que nada aquellos que históricamente fueron designados como exclusivos para hombres, como el fútbol. Y ahí estamos nosotras, para pelearla desde adentro, porque el deporte no tiene distinción de género. *

Bianca Ossola

Trabajadora de Deportes de El Ciudadano

fecunda estrategia



Las calles habían sido nuestras por un par de días en aquel Encuentro Nacional de Mujeres de principios de los 90 –el primero realizado en Rosario fue en 1989, después vendrían varios más– y ese “nosotras” parecía posible. El feminismo –¿los feminismos?– no era aún este movimiento que es ahora, pero “se olfateaba” que venía por ahí: que nuestro “H2O” generacional, el elemento fundamental de nuestro tiempo, no sería ni incoloro ni insípido, sino verde y deseante. Teníamos, claro, una pretensión emancipatoria y a fines de esos mismos 90, en grupo, se armó *La Cazadora*, fugaz suplemento (el término lo dice todo) con perspectiva de género de *El Ciudadano*. Sin ninguna rosca esencialista (ser varón/ser mujer) algunos varones –pocos– escribían en *La Cazadora*. ¿Por qué no? Eso sí, las redacciones eran otra cosa y la agenda de demandas “nuestra” –aborto legal, educación sexual, parentalidades compartidas, ley de cupo (hoy ampliamente superada por la paridad política)– estaba lejos de desbordar el suplemento semanal y tomar “el cuerpo” (así, en masculino singular) del diario. Las relaciones de fuerza “no daban”. Hoy, a 20 años, todo eso sí que está pasando. Todas aquellas violencias se “desprivatizaron” y el reclamo de justicia se hizo viral. Goce de lo conquistado. Ahora hay que seguir y hacer todo junto: más ampliación de derechos y más ampliación de cabezas. Para que no vayamos a quedar mejor de normas que de prácticas. Atenti a la alianza médico-jurídica que resiste todavía los protocolos de aborto no punible para menores abusadas según Ley sancionada en 1921 (sin palabras). Inscribir *La Cazadora* en la historia –ya no tan breve– de *El Ciudadano*, resulta un acto de justicia pero también de estrategia. La fecunda estrategia de enhebrar esas herencias enérgicas del pasado, que en diálogo con este presente (dialéctica de la memoria), terminarán de hacer nacer lo que va a quedar en pie cuando caiga el patriarcado. *

Carolina Monje
Ex trabajadora de El Ciudadano

una forma de redención

La memoria de la editora del suplemento *La Cazadora* –mellada por el irrevocable avance de la edad, según su propia definición que atesoro en un audio de Whatsapp– dice que la nota de tapa “Un muro de silencio”, sobre casos de violación intraconyugal, fue un tema propuesto por mí. Aunque los años pasaron para los dos y los trastornos de la memoria también, para mí fue ella, hablamos de Sonia Tessa, la jefa de las cazadoras, la que me propuso abordar para al joven diario *El Ciudadano* ese asunto que, ahora, recuerdo como algo novedoso, impensado para aquel novel periodista. ¿Violaciones en una pareja? Pues sí, las había, las hay. Fue la nota de tapa. Esto viene a cuento de la invitación que me hace Sonia a escribir unas líneas, al cumplirse ¡20 años! de la salida del suplemento, espoleado por la pregunta “¿qué hace un varón en un suplemento profeminista?” ¡Pues redimirse!, qué más. Entonces, a los 24 años, no pensaba que anidara en mí alguna de las formas del machismo, que sí podía percibir con cierta nitidez, por ejemplo, en la relación de mis padres. Ahora sé que estaba equivocado, que los efectos del patriarcado pueden enmascarse bajo la imagen de un tipo abierto, comprensivo, tolerante, para quitarse de un tirón el antifaz y emerger vívidos de la cueva donde invernaban. Esa experiencia fue transformadora. Deconstructiva, diría ahora. Porque entonces los diarios tenían suplementos de Mujer, páginas en las que no cabían la ausencia de casi ningún estereotipo de género: machistas, consumistas. Y ese diario nuevo, joven, y esa editora también joven y –ahora lo advierto– ciertamente audaz, propuso publicar uno que contuviera una mirada igualitaria, con perspectiva de género, que cuestionara la visión hegemónica de los medios masivos sobre la problemática feminista. ¿Qué hacía un varón ahí? No lo sé muy bien, imagino que intentaba no empeorar. *

Elsa Olidde
Ex trabajador de El Ciudadano

el día que nos dijimos feministas



Mi mamá es mi primera feminista. Es de las italianas de los 70 que consiguieron la legalización del aborto, de las que pelearon por igualdad de derechos laborales, de las que hablaron de que eso que llaman amor es trabajo no pago. Crecí en una casa en donde las palabras género, feminismo y aborto eran parte de las conversaciones familiares. Pero eso no significó que desde chica me dijera feminista. Porque para hacer del feminismo una identidad el proceso es personal y es colectivo. Porque no se nace feminista, se llega a serlo. Para mí fue necesaria la Argentina del Ni Una Menos de 2015. A fines de 2017 *El Ciudadano* transitaba el primer año de cooperativa y yo cumplía el mismo tiempo de cambio de sección. Había estado casi tres años en Policiales y con la autogestión pasé a Ciudad. La nueva sección llegó con una nueva agenda. Había una inquietud personal y había una demanda colectiva. En el diario los temas de género y diversidad sexual se definían como una prioridad pero no necesariamente había personas que se dedicaran a eso y teníamos que formarnos. Me metí de a poco a hacer notas hasta que se volvió un seguimiento casi diario. El camino fue fácil. No sólo tenía el apoyo ante cada propuesta de tema de mis editores y editoras. Contaba con las amigas cómplices con las cuáles debatimos cada momento individual, colectivo, político. Pero, además, había en la ciudad un marco teórico parlante de militantes de todas las edades que a lo largo de décadas construyeron y construyen un feminismo con identidad propia. En ellas encontré las palabras para nombrar todo eso que sentía que era el patriarcado. Fueron y son una escuela. En ese primer año de la fusión de mi persona política

y nuestro colectivo político la pregunta sobre cómo se llega a ser feminista me retumbaba. Era el verano de 2018 y había tiempo para hacer notas de fin de semana, entrevistas largas, perfiles de personajes de la ciudad. Fue entonces cuando surgió la idea de una serie de notas en la que distintas referentes contarán cómo habían llegado al feminismo. La primera entrevistada fue Silvia Augsburger. Nos encontramos en un bar del centro y charlamos durante más de una hora sobre su recorrido, sobre cómo fue decirse feminista dentro de los partidos políticos y dentro del matrimonio. La nota quedó guardada para ser usada uno de los fines de semana siguientes. El miércoles 24 de enero de 2018 las redes sociales de toda América latina estallaron con el hashtag #SoyFeminista. Araceli González había dicho durante un móvil de un programa que no era feminista porque tenía un hijo varón precioso y un marido hermoso. Al pronunciar esas palabras no se imaginaba lo que pasaría en las horas siguientes. Miles de mujeres, lesbianas, travestis, trans e incluso varones contaron en las redes por qué sí lo eran. "Negra, tengo la nota de la Augsburger", le dije esa tarde a Silvina Tamous. Ella no dudó un segundo: "Tiene que ir a tapa". En minutos el equipo de arte y los editores empezaron a cranear. Apareció la imagen de Rosie La Remachadora con el puño en alto. Con la frase "¿cómo me convertí en feminista?" el 25 de enero de 2018 salimos a la calle y a las redes sociales con una edición de la que sentimos orgullo. Hoy aparece una certeza: ese fue el día en que el diario *El Ciudadano* se dijo a sí mismo: "Soy feminista". *





Arte El Ciudadano

BIANCAS / OBRAS SÍNDICAS DEL SUMARIO

un pizarrón para deconstruirnos

Apenas nos mudamos a la nueva redacción de *El Ciudadano* colgamos en una de las paredes un pizarrón para hacer sumarios de notas. Pero en 2018 su función cambió. Fue a la par de que el movimiento de mujeres y disidencias pusiera en agenda el análisis de diferentes vivencias desde una perspectiva de género. Y ahí, las y los integrantes de la cooperativa tomamos conciencia de que había chistes y formas de relacionarnos que tenían que cambiar. Una de las estrategias para deconstruirnos fue lo lúdico y al pizarrón lo dividimos en dos: de un lado, estaba el Sumario de Género y del otro, el del Inadi. La consigna era simple: a cualquiera que reprodujera dichos instituidos desde el patriarcado o que fueran discriminatorios le valía una cruz. Pasado un tiempo, se hacía el recuento y la o él con más marcas, pagaba cervezas para los 60 integrantes de la cooperativa. "¡Dijo una barbaridad, ponete una cruz!", se escuchaba bastante seguido. Él o la señalada trataba de justificarse y se armaba debate alrededor del pizarrón. Después, todo fue más automático y tras el furcio, él o la involucrada gritaba: "¡Poneme una cruz!". El juego se fue desmadrando y hubo que designar dos síndicas para que resolvieran y dictaminaran cuándo había situaciones confusas como si la puteada de la lora, alguna referencia a los genitales y otras malas palabras eran faltas merecedoras de la "marca". Este año desapareció el fibrón y nadie lo buscó. Apareció sólo hace unos meses, pero el interés se había perdido un poco, las cruces empezaron a mezclarse y no se materializó la prenda del pago en cervezas. Ahora discutimos hacer borrón y cuenta nueva. Empezar otra vez y ser más prolijos, pero el objetivo estuvo cumplido: no pasa un día en la redacción sin que se escuche: "¡Che, poneme una cruz!", aunque nadie agarre el fibrón. *

Negui Delbianco

Trabajadora de Policiales de El Ciudadano



crece y crece y no deja de crecer

→ Cuando trabajé en *El Ciudadano* ya no existía *La Cazadora* y casi no quedaba ninguna de sus integrantes en la redacción. Éramos diez mujeres y sólo una jefa de sección. Siete tenían el rol de redactoras y dos de diseñadoras. Las demás, que no eran muchas, ocupaban puestos en la recepción, administración y archivo. En el turno matutino, que era el que me tocaba cubrir, la ausencia femenina se notaba todavía más. En la sección Ciudad éramos sólo dos periodistas mujeres y en Policiales otras dos. A la tarde se producía la rotación: entraba una y salían dos en Ciudad, cambiaba una por otra en Espectáculos y la última iba a Internacionales donde no había otra mujer. Tampoco la había en Política y menos que menos en Deportes. Y era rarísimo que alguna de nosotras firmara una nota de opinión. En esos años no recuerdo haber usado la palabra feminista para identificarme, lo que no quiere decir que por intuición ya no lo fuera ni que la imagen de una redacción despoblada de mujeres no me hiciera ruido o me encendiera una alerta. Lo mismo sucedía con un comentario repetido de boca de los compañeros varones: "Escriban ustedes que saben de esos temas". Y esos asuntos, que se suponía eran de nosotras, tenían que ver con las violencias hacia las mujeres que no son más que la incubadora de todas las demás violencias. Que aquello que en ese tiempo estaba en los márgenes pase al centro, que de las notas "B" salte a las cabezas de página y a las tapas, es la meta y a la vez el desafío de un periodismo feminista y consciente que en *El Ciudadano* de hoy crece, crece y no deja de crecer. *

una madre en la web

Siempre me imaginé trabajando de lo que me apasiona: el periodismo. Mientras estudiaba la carrera, los años que viví afuera, el volver y reencontrarme con la realidad local durante la búsqueda laboral tuvieron el mismo objetivo. La profesión es una vocación a veces difícil de explicar con palabras. En 2013 llegué a la redacción del diario *El Ciudadano*. Comencé con un reemplazo en el área Web y hoy continúo trabajando en dicha sección. Cuatro años después quedé embarazada y empecé una nueva etapa en mi vida. Justo cuando el diario se convirtió en cooperativa y los cambios fueron significativos en todas las instancias de mi vida. Los meses de embarazo se pasaron rápidos, hubo capacitaciones, más trabajo y por suerte más compañerismo. La vida de la mujer cambia cuando tiene un hijo. Se deja de ser una sola con los tiempos, las libertades y pasa a dedicarle muchísimas horas al bebé. Varias cosas me pasaron desde el nacimiento de mi hija: el puerperio, etapa de la que poco se habla, pero que es muy personal y afecta a todas de manera diferente. Luego de la licencia, volví al trabajo, con jornada reducida pero con la cabeza en el diario y el cuerpo en casa, ya que la lactancia tiene su propio ritmo. En mi caso debía sacarme leche en el baño de la redacción ya que, como en muchos sitios, no existe un área de lactancia para madres recientes. Supongo que como toda primeriza fueron muchos los cambios y los miedos. No sabía cómo hacer para finalizar una nota, a veces tenía que volver porque la bebé no paraba de llorar. Tuve que terminar notas en casa, estar pendiente de la Web, y quería seguir formándome o asistir a encuentros o asambleas y a veces me veía imposibilitada ya que no tengo quien me ayude con el cuidado de mi hija. Pero se puede y vale la pena hacerlo. *

Virginia Giacosa
Ex trabajadora de El Ciudadano

Ana Cecilia Berdicever
Trabajadora de la Web de El Ciudadano

con lugar para La camaradería



La chica que fue asesinada por su novio en la casilla en la que vivían. La niña que ingresó al hospital con signos de abuso; algo muy frecuente, según me contó la directora del hospital. Las maestras que se negaban a dar clases luego de que estallara una garrafa y nadie se hiciera cargo. Las vecinas que sostenían el comedor escolar poniendo su dinero y su trabajo. Las mujeres víctimas de violencia que vivían en un refugio del cual no se podía dar la dirección. Las madres que buscaban a sus hijos desde los setenta o hacía diez días. Cuando llegaba a la redacción y salía a cubrir noticias, me tocaba contar estas historias. Las preguntas se acumulaban: ¿por qué el asesinato de una mujer era considerado “crimen pasional”? ¿Por qué no se ve el trabajo silencioso de las mujeres en los barrios? ¿Cómo es posible que ingresen a un hospital niñas abusadas? ¿Por qué sólo se muestran los problemas de las clases populares si los abusos intrafamiliares ocurren también en familias de clase media y alta? ¿Qué vínculo existe entre la condición de género y la clase social? ¿Y si el concepto de “mujer” es político? ¿Qué ocurre con las personas que no se sienten representadas por el binarismo varón-mujer? ¿Cómo contar todo esto? *El Ciudadano* me sirvió para ver estas cuestiones, buscar las palabras que pudieran nombrarlas, narrarlas a través de la práctica que implica ser trabajadora de prensa. Y a la vez, fui complejizando esta trama junto a otras periodistas que venían preguntándose estas mismas cosas, y junto a medios que ampliaban el debate, como la Red Informativa de Mujeres, fundada por Irene Ocampo y Gabby De Cicco. El nombre de *El Ciudadano* está asociado a una lucha gremial casi desde sus comienzos. Como me dijo un compañero: “Un rato quemamos gomas para

cortar la calle cuando nos adeudan plata y otro rato escribimos”. Pero también ha venido siendo una forma novedosa de hacer periodismo. De hecho, en su primera época, tuvo un suplemento de género, *La cazadora*. Cuando yo entré a trabajar, el diario ya había padecido un gran desguace y el suplemento no existía. Todos estos niveles (las perplejidades mías, el colectivo periodístico del cual fui parte) modelaron una forma de mirar la cotidianidad y relatarla. Sin dudas, *El Ciudadano* fue mi gran escuela periodística. Y la generosidad de sus trabajadores y trabajadoras fue enorme. Cuando estaba con deseos de venir a Buenos Aires pero sin tener idea cómo hacerlo, Silvina Tamous, editora de Policiales, me dijo “anotate en la maestría de periodismo de *Clarín*”. ¿Yo? ¿Una chica de un pueblo del sur de Santa Fe puede aspirar a eso? Sí puedo. Lo que hice y funcionó. Lo cuento porque es un ejemplo de sororidad: alentarnos entre nosotras para hacer lo que deseamos. La camaradería, cuando ocurre, es una gran cosa en las redacciones periodísticas. A la vez, hay algo paradójico. Los feminismos estallan y son parte de la agenda de los medios gracias a la lucha de muchas personas durante muchas décadas. Y hoy los medios gráficos atraviesan una crisis sin precedentes. Esto se traduce en un silenciamiento de voces peligroso para un Estado de derecho. *El Ciudadano*, ahora convertido en diario autogestivo gracias a la prepotencia de trabajo de sus integrantes, encuentra un modo propio de dar batalla. Por eso me siento orgullosa de haber sido parte de un diario que sigue escribiendo la historia. Y que asume el feminismo como línea editorial desde hace un tiempo, cuando aún no existían los pañuelos verdes pero sí la necesidad de organizarnos en defensa de nuestros derechos. *

SORORIDAD
SORORIDAD
SORORIDAD





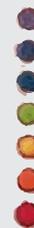
Afuera del molde o el derecho a la identidad



Cuando conocí a Angie Álvarez en su documento llevaba el nombre de Walter. El mismo que usó hace varios años para entrar a la Unidad Regional II. Fue la primera mujer policía que cambió su sexo estando dentro de la fuerza. Fue la primera historia trans que escuché en primera persona. En el relato de la entrevista dejó en claro que siempre supo hacia dónde iba. A los 16 años le confesó a su familia que siempre se sintió mujer. Con la Ley de Identidad de Género (sancionada en 2012) tuvo su DNI con nombre femenino. Cuando decidió dar un paso crucial en su vida y cambiar de sexo estuve presente, y en la cama de un sanatorio sonreía como si no estuviera en un postoperatorio. Angie dice que su transformación no fue traumática, pero le llevó años. La historia de Angie es casi color de rosa. Pero no para todos es fácil salir del clóset. ¿Por qué? Porque las personas del colectivo LGTBI (lesbianas, gays, travestis, bisexuales e intersexuales) son perseguidas históricamente. Los estigmatizan. Porque tienen que enfrentarse a situaciones de violencia, torturas, humillaciones, ataques homofóbicos, de discriminación de sus propias familias, en escuelas y en ámbitos laborales. Porque el 73 por ciento de la población trans, en la provincia de Santa Fe no termina sus estudios básicos. Porque tienen problemas para acceder a una vivienda digna, a la salud y la justicia. Por los crímenes de odio. A pesar de que en el país se avanzó en los derechos LGTBI, como la Ley de Identidad de Género y Matrimonio Igualitario, lo más importante para el colectivo es que sus integrantes sean respetados sin importar sus preferencias sexuales. A Angie le costó poco salir del armario. Pero demostró que no hay que quedarse en el “molde”, que nunca es tarde para empezar a vivir lo que queremos y que todas y todos somos eso que nos sentimos. *

Lo que no se nombra, no existe

Lo que no se nombra, no existe. Las palabras crean mundos y generan identidad. Y la literatura no es ajena a esto. En una entrevista con Gabby De Cicco, para el suplemento especial del 8 de marzo de 2019 de *El Ciudadano*, hablamos sobre el lenguaje inclusivo e identidades sexuales. En esa charla de café, sentí que Gabby me estaba dando una capacitación de lenguaje y género. Sentí que me falta mucho por aprender. Gabby es no binario y se siente identificade con la “e”, mientras que yo, Paula, periodista, durante la entrevista (y otra anterior que le hice en un estudio de radio) la traté de mujer, le hablé con la “a”. Al darme cuenta, instantáneamente pensé en que no podía ser tan difícil modificar mi lenguaje. ¿Quién era yo para no hablarle como elle se siente identificade? ¿Quiénes somos nosotres para ir en contra de les identidades de un otro, otra, otre? Somos diversos, diversas, diversés. En esa charla entre autoras y autores que me recomendó, mencionó a Camila Sosa Villada. Y leí su libro, Camila, una travesti, escribiendo y editando en una editorial grande y de renombre, haciendo literatura. En otra entrevista, con la escritora Gabriela Borrelli, también mencionó a Camila, y su libro *Las malas*. “No tiene nada que envidiarle a los libros de la gran tradición literaria argentina”, dijo. ¿Será que para las próximas generaciones las grandes novelas de nuestro país estarán escritas por mujeres y disidencias? ¿Por las travas, las putas, escritas por todas y todes? ¿Será que no serán las próximas generaciones sino que ya está sucediendo? ¿Qué pasará con el canon literario? Pienso en Gabby que dice que las voces disidentes son las que se corren de la norma. Pienso en Claudia Masin y su poesía desobediente. Pienso en la ruptura y la potencia de sus escrituras. En la de muchas otras y muchos otros. Pienso en mis amigas, amigos, colegas, que inundan, cada vez más y de forma voraz, sus bibliotecas de libros de mujeres y disidencias. Hay algo de cada una y cada uno que vive en todas, en todes. Hay algo de todas y todes que vive en cada una y en cada uno. *



contar la felicidad



Lo hermoso de este trabajo es que suelen no existir rutinas y con cada nota se pueden conocer historias maravillosas (también hay otras que son indignantes, pero creo que todo sirve para darlas a conocer). Entre esas hay una que siempre recordaré y, si volviera el tiempo atrás, volvería a escribir. Se trata de la familia que crearon Alexis y Karen en la ciudad de Victoria, en la provincia de Entre Ríos. ¿Por qué tan especial? Porque ambos son trans, y Alexis, el varón de la pareja, hacía cinco meses que llevaba en su vientre a Génesis, el fruto de ese amor. Los conocí en septiembre de 2013 (se publicó el jueves 12) mientras escribía en la sección Ciudad y no era una nota más. Ellos con su historia y sus caricias en plena entrevista me emocionaron y en medio de la charla les comenté de mi sueño de ser madre, así que entendía ese brillo en sus ojos. Ellos lo estaban disfrutando y al mismo tiempo luchaban contra las miradas reacias de la sociedad y del sistema de salud (en el caso del tratamiento de hormonas que no venía recibiendo Alexis). Por entonces tenía mi toma diaria de ácido fólico, porque mi embarazo estaba cada vez más cerca y compartía lo que ellos esperaban para su hija, el ejemplo de luchar por la felicidad, el mostrarse enamorados, el darle un hogar (que no es lo mismo que un techo). Alexis y Karen también fueron a otros medios, incluso al programa televisivo de Flor de la V y hubo revuelo cuando se casaron en Victoria. Revuelo por esos dedos que los señalaban, dedos que no entienden de amor y de felicidad. En la entrevista ellos dijeron: "Génesis va a crecer con toda la verdad, va a ver cómo luchamos por nuestra felicidad y se va a sentir orgullosa de nosotros". Algo tan simple que muchos aún no logran entender. *





DESOBEDECE
A DIARIO

Cris Rosenberg

un colectivo de trabajo



Tenía veintipocos, apenas había terminado el terciario de periodismo y contaba con una breve –y no siempre feliz– trayectoria como pasante en los medios rosarinos cuando entré a *El Ciudadano* para un reemplazo de verano. No podría asegurarlo, pero estoy prácticamente segura de que me llamaron después de que les envié a los editores del diario una nota sobre trata de mujeres. A Florencia, la chica que había entrevistado para aquella nota, sí que la recuerdo bien. Tenía 15 años y había quedado prácticamente muda después de haber sido secuestrada y violada durante varios días en un prostíbulo de Tío Rolo. La acompañaba su mamá, que me citó en la esquina de la casa donde trabajaba como empleada doméstica. La nota, de 2008, daba cuenta de todo aquello que se les exigía a las mujeres que denunciaban haber sido explotadas sexualmente contra su voluntad; unos meses después de que la trata se tipificara como delito en el Código Penal. Creo que la historia de Florencia me valió aquella experiencia en *El Ciudadano*, que fue mi primer laburo en un diario, con lo cual, aunque fueron unos meses, los recuerdo como una gran escuela de periodismo y, sin dudas, como la mayor formación que tuve como trabajadora de prensa. En ese momento el dueño del diario era Orlando Vignatti, que para mí no fue más que un nombre sin cara. Las caras que me llevé son las de mis compañeros debatiendo en asambleas y peleando por sus salarios y por el mío. Ellos me hicieron parte, hablaron en mi nombre, me escucharon hablar, me integraron a un colectivo de trabajo en el que nos mezclamos los nuevos y los experimentados, las mujeres y los hombres. Cada vez que puedo, presumo de mi experiencia en *El Ciudadano* y me alegro a la distancia con cada uno de los logros alcanzados por mis compañeros, que se sienten como propios. *

Marianela Bocanegra
Ex trabajadora de *El Ciudadano*

habitar la redacción

Muchas veces refiero que en mi otra vida fui periodista, profesión de la cual me alejé hace ya 15 años. Sin embargo, otra parte de mí tiene claro que siempre lo seré. Y la responsabilidad de ello la tiene con certeza *El Ciudadano* y su gente. Personas que una vez que entraron en mi vida ya no salieron más, seres que me enseñaron mucho sobre redacción, pero sobre todo de lucha y solidaridad; amor, amigos y hermanos que me acompañan y me dan su mano: familia. Si bien me inicié en la sección Ciudad cuando el diario estaba gestándose, embrionario, rápidamente pasé a Policiales donde –entre mate y mate– vibré, lloré, sufrí, aprendí, pude leer e interpretar expedientes judiciales, analizar escenas del crimen, entender de estrategias de investigación con maestros como el juez Carlos Triglia, hice la agenda y me tocaron muchos cierres, motines, homicidios, una pueblada, gatillos fácil. Hasta que un día sonó el teléfono y me avisaron que lo que era mi casa ya no lo sería. Tenía prohibido ingresar al diario, como la mayoría de mis compañeros. Un nuevo grupo empresario se había hecho cargo del mismo y pasaría el día del trabajador, desocupada. Vinieron días de empeño por recuperar nuestro espacio, sobrevinieron otros de desilusión, bronca, lluvia, marchas, estrategias, organización, almuerzos colectivos y luchas con nuestras mejores armas: las palabras y la convicción de lo colectivo. Y muchos de nosotros pudimos volver a trabajar. No fuimos todos. Ni siquiera la mitad. Pero quienes regresaron se ocuparon de mantener vivo ese espacio y vinieron otras luchas, donde nos encontramos abrazados, como aquel 7 de octubre de 1998 cuando por primera vez salió a la calle. Una vez un periodista compañero dijo que cuando uno habitó una redacción, nunca acaba yéndose de ahí, aunque físicamente se ausente. Eso es *El Ciudadano* para mí. *



Marina Marsili
Ex trabajadora de *El Ciudadano*

¿qué fue de La Armadura?



“La Armadura” parecía ser un nombre poco convencional para una columna de moda. Desde allí nos permitimos cuestionar este “universo fashion” como un fenómeno social y comercial que oficia como vara disciplinadora para mujeres y hombres. Contenía un poco de historia, de actualidad y algunas curiosidades pero sobre todo tuvimos la posibilidad de reflexionar sobre cuestiones irreflexivas casi por definición. Descubrir lo profundo de las apariencias era el mejor trabajo del mundo y en “La Armadura” interrogaba sobre los contrastes entre el lujo y la pobreza, e interpelaba a ese mundo donde se sueña siempre con la emoción de la sorpresa perfecta teniendo por un momento la ilusión de que se puede conseguir. Nos resistimos a uniformarnos, al “se usa tal color” o “viene el pantalón corto” con lo que nos taladra el pájaro carpintero de las tendencias internacionales. Era 1999, aún faltaba un tiempo para la debacle económica, social y política argentina (2001) que dio lugar a un pensamiento –y acción– de Diseño de Moda con Identidad anclada en nuestro territorio. Por aquellos años no se hablaba de Moda Ética, tampoco se insistía en la moda inclusiva ni en la Ley de Talles. Actualmente, tenemos más conciencia social sobre la esclavitud en talleres clandestinos y sobre las fibras orgánicas que cuidan nuestra salud, es decir, reconocemos mejor la dimensión política que tiene este mundo de apariencias. Sin embargo, el 28 de abril de 2019 murió un modelo en una pasarela brasileña y el desfile no se detuvo. Claramente todavía queda mucho por hacer, por preguntar, por reflexionar, por decidir. Vamos por más cazadoras interpelando nuestras armaduras cotidianas. Siempre. *

Traducir La experiencia en texto

Hace 20 años la invitación de *La cazadora* a escribir fue un gran desafío ¿Cómo traducir la experiencia de la práctica de moverse a palabras para un diario? En los años 80, los grupos con los que trabajaba, mayoritariamente de mujeres, se quejaban de un exceso de tensión muscular, quizás como respuesta protectora a las violencias familiares, estatales y educacionales de la época. A finales de los 90, las enfermedades psicosomáticas, autoinmunes y con otras nominaciones se hacían presentes mientras asistíamos al derrumbe del país. En los últimos años, con la aceleración de los tiempos tecnológicos, y el uso que el poder hace de esas tecnologías sobre los cuerpos, empecé a observar la dificultad para sostenerse erguido en la vertical. En el dispositivo donde se desarrollan estas prácticas de movimiento, que invitan a llevar la atención hacia adentro para sentir cómo nos organizamos para actuar en el mundo y cómo en ese diálogo con el mundo encontramos un lugar más propio, más amable, esas experiencias de movimiento que generan aprendizajes, se hacen siempre con otrx. Ante la invitación de *La Cazadora*, empecé pidiendo ayuda a otras mujeres que me acompañaron en el proceso de escribir, una vez más aprendí haciendo. Fue una hermosa oportunidad para hablar de mi trabajo y también para decir algo de lo que observaba en mi entorno. El título de la columna tenía que ver en aquel entonces con enunciar que era posible encontrar otras formas de habitar el cuerpo, más placenteras, con menos esfuerzo, encontrando la fuerza en una nueva organización; lo que significa otra manera de percibirse, de sentirse, de pensarse. A contrapelo de lo que el neoliberalismo de entonces quería instalar, los ideales estandarizados de belleza, yo proponía la forma propia, lo singular. El año en que escribí para *La cazadora* aprendí a traducir la experiencia en texto. Tuve que inventar un sistema, lo hice con un enorme sostén y acompañamiento. Hoy vemos emerger nuevas fuerzas colectivas, nuevas organizaciones que encuantran su forma propia. Las entiendo como nuevas maneras de sostenernos entre todxs. *



La Cazadora



Cuerpo de mujer: un campo de batalla

Por Carolina Monje

El cuerpo femenino es sin duda uno de los escenarios en los que hoy la "batalla de los sexos" sigue en pie. La arcaica demanda de mujeres rollizas y voluptuosas que caracterizó a la edad media, devino "sorprendentemente" en impudico exigencia de esbeltez y línea de aquilismo y las mujeres se debaten eternamente entre sentir y no estar in-

flexible tendencia. Lo cierto es que sin importar el paso del tiempo, aunque este pueda medirse en centurias, la fisonomía de la mujer nunca se ha visto exenta de una fuerte presión social—a veces autimpuesta—, que se erige como el único parámetro del deber ser femenino.

La histórica sumisión de las mujeres a los rigores domoesticos y maternales—que tras cinco décadas de feminismo ha quedado casi totalmente esfumada y no sólo porque hoy hay menos

amas de casa que antes sino porque las que lo son soportan una vida menos sacrificada—sigue vigente en una tiránica imposición estética que coloca a las féminas en dos grandes grupos: las que trabajan su imagen y su figura de la mañana a la noche sin reparar en sacrificios y que mediante dietas, ejercicios, cosmética y producción logran estar a tono con el modelo estético vigente y las que resignadamente soporitan el incómodo lugar de la asintonía muchas veces más por falta

de voluntad o temor al fracaso que por elección. En los últimos años en la que hasido la "lucha" por la rolliza, el trabajo de dietistas, endocrinólogos, personal trainers y adiestradores de belleza se enfrenta a la desesperación de los "pacientes" que están más angustiados que nunca. Diego Schwabe, médico endocrinólogo, dice que "hay en forma de rollizo un tipo de guerra o de persecución".

al cuerpo femenino "porque la mayoría de las consultas de mujeres son por rollizo". Según el doctor, "una solución (numérica de consultas femeninas en busca de una dieta "mágica" que les permita estar a gusto con su fisonomía, aunque en el mundo y según las estadísticas oficiales, "hay más casos de hombres gordos" con una salvedad: "las obesidades importantes están en mujeres", dice Schwabe).

El rango de edad en el que la inquietante idea de que el sobrepeso puede arrojarnos fuera del universo de las mujeres apestosibles es cada vez más amplio: desde las apenas puberes hasta las madres de más de 40. Ensayos frente a la amazadora idea del exceso de peso, aunque esto sea casi siempre una fan-

ta de muchas consultas por parte de las mujeres. Pág. 2



Ana Stutz

La Cazadora



Cuerpo de mujer: un campo de batalla

El cuerpo femenino es sin duda uno de los escenarios en los que hoy la "batalla de los sexos" sigue en pie. La arcaica demanda de mujeres rollizas y voluptuosas que caracterizó a la edad media, devino "sorprendentemente" en impudico exigencia de esbeltez y línea de aquilismo y las mujeres se debaten eternamente entre sentir y no estar in-



pág. 3



pág. 4



oro en el grabador



Las primeras fuentes que tuve fueron las travas de Comunidad Trans. Éramos un equipo. Yo era la que tenía la posibilidad de darles voz, ellas las que me dieron la posibilidad de entender cómo hacer periodismo: conocer una ciudad que de otra manera no se me iba a abrir. Para saber que existía una Cooperativa de Trabajadoras Sexuales cerca de la Terminal de ómnibus Mariano Moreno no tuve que hacer otra cosa que escucharlas. Recuerdo que me pareció fascinante. ¿Cuán intensa fue esa fascinación? Lo suficiente para guardar un dato. Cuando llegó a todos los medios y a nuestra redacción la información de un allanamiento a prostíbulos en la zona de la Terminal y del “rescate” de decenas de dominicanas “sometidas”, yo me acordé de las chicas trans y supe que podía decir otra cosa. Fue lo mejor de aprender a ser periodista en *El Ciudadano*: siempre me creyeron y me dejaron hacer lo que quise. Nunca pusieron en duda tampoco la voz de una trans. Simplemente había que hacer periodismo. Mandamos un par de mensajes y pudimos hablar con una de ellas. Fuimos a su casa. Estuvimos en las marchas. Tuvieron un lugar siempre en nuestras páginas. Nada para dar cátedra: es lo que hay que hacer. Esa fue la primera vez que hablamos con Georgina Orellano, secretaria general de Ammar, el sindicato que representa a las trabajadoras sexuales de todo el país. Vino a nuestra redacción y hablamos largo y tendido. Ella ya decía lo de “no vender ideas, sólo una parte del cuerpo” y yo me derretía. Esa vez fue una de las que más contenta estuve. Tenía oro en mi grabador y hasta sentía que podía cambiar el mundo. Mi jefe en ese momento –la excepción que hacía a la regla– lamentó que no le hubiera preguntado lo que más le interesaba a él: si cobraba más por tragar. *

Laura Hintze
Ex trabajadora de El Ciudadano

1999

Hace veinte años terminaba una era. El menemato nos había desgastado y desesperanzado. Nuestra adolescencia estaba minada de bandas de pibes que tocaban rock, escritores que discutían si daba lo mismo que hombre se escribiera con o sin h, conductores de TV que denunciaban la corrupción con camisas cool. Sus voces estaban en la radio, la música, los libros, la TV. Hablaban todo el tiempo. En nombre de todxs. Fue la época en la que estaba planificando venirme a estudiar a Rosario. Mi vieja me había contado que a ella no le había resultado nada fácil. Pero en ese momento no me importaba demasiado, porque esas cosas ya no pasaban. Nosotras íbamos a estudiar y a nadie se le ocurría decir que estuviera mal. Lo que tampoco se le ocurría a nadie era la posibilidad de que haya mujeres presidentas. No de la nación ni del pueblo. No. Pero tampoco de la cooperadora. Mucho menos del club, donde se juntaban los tipos a tomar vermú, a jugar a las cartas, a mirar a las pibas que cruzábamos la plaza para volver a casa. Les pedía a mis amigos que me acompañaran. Tenía que asumir un costo: mostrarse acompañada era de puta. Pero no me importaba. Como no me importaban otras cosas sobre las que también opinaban: Ponerse la remera de Los Redondos, fumar en el baño y bailar libremente era de trola. Elevar la voz era de puta conventillera. Las chicas bien se quedaban calladas. Salir de noche era de puta. Con pollera corta, reputa. Con pollera corta y acompañada, remil puta. Ellos hablaban siempre. Había empezado a pensar que ser puta no era tan malo, le estaba agarrando el gustito. Tenía el sabor de la libertad. Dejé de prestarle atención a lo que decían. Hasta que en algún momento me di cuenta que, según los diarios, las chicas violadas y asesinadas escuchaban rock, salían con amigos, usaban polleras, fumaban y bailaban de manera provocativa. Comencé a entender los mensajes encriptados de los medios: un discurso de lobo con una moralina de piel de cordero. Hace veinte años comenzó a derrumbarse el muro de silencio que nos encerraba. Una voz abrió el paso. El primer suplemento feminista de Rosario marcó el camino para lo que hoy ya es un coro múltiple, diverso y potente. *

Vande Guru
Colaboradora de El Ciudadano



Algún día
del futuro
desazado
rogario, sr.
\$36

LE CIUDADANE

www.leciudadaneweb.com

& la región



Soledad para siempre
21° 20°
arises liver
Ideal para cereales

Campana Nac. por el Derecho
al Aborto legal, seguro y gratuito.

Aborto Legal Argentina

una experiencia política



En el séptimo capítulo de su autobiografía, *Hitch-22*, Christopher Hitchens, un "neotrotskista" angloamericano que escribió libros maravillosos relata su viaje a Cuba a fines de los 60 y recuerda la estereotipada jerga de izquierda que lo dominaba entonces. En ese libro, dedicado a James Fenton, Hitchens escribe: "A medida que 1968 daba paso a 1969, y a medida que el vocablo «anticlímax» empezaba a convertirse en una palabra real en mi léxico, otro término comenzó a imponerse. La gente empezó a entonar estas palabras: «Lo personal es lo político». En el instante en que oí por primera vez esa expresión letal, me di cuenta, como ocurre cada vez que uno oye una chorrada siniestra, de que era –y creo que quizá el tópico sea excusable– una mala noticia. A partir de ese momento, ser miembro de un sexo o género o subdivisión epidérmica, o incluso «preferencia» sexual, serviría para capacitarte como revolucionario. Para comenzar un discurso o hacer una pregunta desde el público, solo sería necesario empezar así: «Hablando como...». Después podía seguir cualquier descripción narcisista. Diré algo sobre la vieja izquierda «radical»: nos ganamos nuestro derecho a hablar e intervenir por medio de la experiencia, el sacrificio y el trabajo. Nunca nos habría bastado levantarnos y decir que nuestro sexo, sexualidad, pigmentación o discapacidad eran en sí cualificaciones. Hay muchas formas de fechar el momento en que la izquierda perdió o –preferiría decirlo– descartó su ventaja moral, pero esa fue la primera vez que vi que la traición requería un precio tan bajo". El excepcional Hitchens, a

quien mató en 2011 el mismo ponzoñoso cáncer que sepultó a su padre 24 años antes, fue tanto un periodista, un narrador y un crítico cultural como un poeta político que halló en la lengua las herramientas de su militancia más prolongada. Desarticuló en su prosa los eufemismos con los que un régimen lava la sangre en su discurso –usaba en español el término "desaparecido", lo mismo que Las Madres de Plaza de Mayo– y llegó a enfrentar personalmente a Margaret Thatcher y Bill Clinton. Lo recuerdo con esa cita de *Hitch-22* porque, en su larga lucha a favor del socialismo y en contra del estalinismo soviético, supo distinguir, como bien lo señala, lo personal de lo político. Sabía, como cualquier inglés formado en la tradición isabelina de Oxford, como cualquier militante trotskista de entonces, que no hay tragedia que no sea política y que la condición de lo trágico nace cuando una persona es la comunidad. La experiencia de *La Cazadora* tuvo esa impronta, esa decisión en su origen. Los hombres, que deben escribir sobre el feminismo y las mujeres en tanto sean interpelados por esa gigantesca maquinaria histórica de creación de esclavos que es el capitalismo –como lo señala con erudición Silvia Federici en *Calibán y la bruja*–, tenían un lugar en *La Cazadora*. Un lugar de cautivos, pequeño, que tributaba con su condescendencia a esa seductora masa de sabiduría y valor que es la voz de las mujeres, las primeras en entender –para usar una frase de una serie que se ha vuelto más popular que las decisiones políticas argentinas–, que "se viene el invierno". *



de medea, amazonas y eva



Es bastante difícil pensar en un sólo libro que me haya provocado una suerte de impacto sobre la temática de género. El primero que se cruzó por mi cabeza llegó a mis manos hace unos años: *20.25, quince mujeres hablan de Eva Perón*, de la escritora cordobesa Lilia Lardone en el que trabajó con Yaviv Durán y en donde registró testimonios de 15 mujeres que recordaron la noche del 26 de julio de 1952, cuando la voz de Jorge Furnot anunció por cadena nacional su muerte “o, acaso, su paso a la inmortalidad”. Lo que más me movilizó, sobre todo después de haber entrevistado a la autora, es que las mujeres que hablaron fueron seleccionadas tras un arduo trabajo de campo que se hizo en base a una diversidad de pensamiento político que se vivía a finales de los años 40 en el país. Se trató de “buscar un equilibrio” con representantes de distintas tendencias, incluso las políticas y aquellas más acérrimas enemigas de Perón. Algo pasó en todas esas mujeres cuando apareció Evita, con el poder de la palabra, que sabía cómo expresar lo que quería y, además, lo hizo público. La mayoría de las entrevistadas eran opositoras a su pensamiento y pese a estar de acuerdo con el voto femenino e incluso haber presentado proyectos para conseguirlo, cuando finalmente salió se enojaron. El libro muestra cómo el paso del tiempo fue, según palabras de Lardone, “aminorando las virulencias” en una especie de contradicción con su propio pensamiento. La dificultad de elegir un sólo libro no es arbitrario: las mujeres que formaron parte de la lectura más vívida de mi infancia, las de la mitología griega, Medea, Palas Atenea o un Jardín de las Hespérides custodiado por Amazonas al que el mismo Hércules tuvo que enfrentarse para cumplir con una de las 12 hazañas, dejan en claro el protagonismo ya milenario de la mujer en la historia. *



Ana Stutz

Graciana Petrone
Trabajadora de la Web de El Ciudadano

un exorcismo del miedo

↳ Cuando vi las réplicas del blog sobre una banda de rock en las redes se me hizo un nudo en el estómago. Tardé algunas horas hasta leer los testimonios mientras preparaba el mate. Con mis compañeros nos mirábamos como perdidos. Después de algunos llamados confirmamos que no había denuncia formal. ¿Lo publicamos? El debate resonó dentro de nosotros. En los medios de comunicación sólo se hacen públicas las denuncias siempre y cuando pasen por la Justicia pero: ¿Podíamos ignorar lo que estaba pasando? No, claro que no. Después del Ni Una Menos en 2015, los blogs que denuncian abusos (en muchos casos sistemáticos), violaciones y maltrato por parte de músicos se transformaron en una herramienta. Una forma de hacer visible algo que antes estaba naturalizado y oculto. Hoy la pregunta ya no es si tenemos que hacernos eco o no, sino en cómo podemos hacer un aporte, sin revictimizar y sin ser amarillistas. El feminismo me cambió la forma de ver el mundo. El #NoNosCallamosMás, la consigna bajo la que se hicieron muchas denuncias, me cambió como periodista y como amante del rock. Hace diez años que escribo sobre música y nunca acepté una invitación a camarines durante las coberturas. Mis colegas hombres sí. Yo no. Nunca me pregunté por qué hasta ese momento. Miedo. Sólo por ser mujer sentía que, si iba, me exponía a una posible situación que iba a ser, en el mejor de los casos, incómoda. Culpa. Entendí que eso tenía que ver con la naturalización del abuso en mi inconsciente. Que no nos callemos más, que los colectivos de mujeres y disidencias sean cada vez más en cantidad y fuerza fue para mí, entre muchas otras cosas, la desnaturalización de esa culpa, un exorcismo del miedo. *

Daniela Barreiro
Trabajadora de Espectáculos en El Ciudadano

La chica que fue Carrie Broadshaw

Nunca fui chica de boliche, la gente hacinada y la música al palo no son lo mío. Pero siempre me gustó escribir. Por eso acepté cuando me propusieron contar anécdotas de mis salidas nocturnas en *La Cazadora*. Era un movimiento doblemente arriesgado para una periodista de 21 años que buscaba ser tomada en serio. A fines de los 90, los diarios eran reductos formales y pocos editores valoraban las notas "de color". Encima, mis aventuras formarían parte del flamante suplemento de género, una rareza en la ciudad. Pero me gustaba demasiado el desafío. Escribí varias notas en *La Cazadora* pero esos textos breves sobre mis salidas fueron mi aporte más personal. Mi (¿terrible?) tarea: recorrer boliches, bares, clubes y locales nocturnos en busca de historias. El nombre de la columna despejaba cualquier duda: De caravana. Despedir la soltería de una amiga en la cantina El Rincón, charlar con un ex en el ambiente universitario de Salamanca, creer en el amor a primera vista en Vudú, aprender a bailar cumbia en el Club Echesortu, reencontrarse con los de la secundaria en Sachtmo, descender a los infiernos en El Reino y esperar a un novio en Rock and Feller mientras miraba peleas de muñecos de plastilina por MTV fueron algunas de las historias que conté, a mitad de camino entre la realidad y la ficción. Cuando leo hoy esos textos, no puedo evitar sonreír. Lo que en su momento asumí como riesgo se lee hoy como ejercicio naíf. En estos veinte años, mucha agua corrió bajo el puente del periodismo rosarino. Pero nadie me quita el enorme placer de haber jugado, por una temporada, a ser Carrie Broadshaw, la protagonista de *Sex and the City*. *

Fernanda Blasco
Ex trabajadora de El Ciudadano

girls wanna have fundamental rights



Tomó el vaso y lo estrelló contra el piso. “¿Quiénes se creen que son?”, nos dijo. Era sábado a la noche. Con unas amigas habíamos ido a un bar a tomar unas cervezas. Nos tocó una mesa adelante, cerca de la barra, casi al paso de todos los que entraban. Quizás fue la cercanía o la accesibilidad lo que les hizo pensar que podían sumarse. Eran dos y empezaron a hablarnos. Uno de ellos tenía una alianza que tiró en el resto de cerveza que quedaba en uno de los vasos. Nadie rió. Nos invitó a un boliche. No quisimos. Pero el “no” pareció no ser una opción. “¿Quiénes se creen que son?”, gritó, y rompió el vaso contra el piso. Su amigo miró cómplice, como avergonzado, pero calló. Mi amiga buscó al mozo con la mirada. Mientras el hombre buscaba la alianza en el suelo, el mozo los echó del bar. Conté la anécdota indignada cientos de veces a mis amigas, pero fue recién cuando la narré como periodista cuando comprendí que era acoso. Desde ese momento, no pude dejar de preguntarme cuántas veces me había pasado y lo había naturalizado. Nunca fui muy fiestera. Pero siempre disfruté salir con amigas a bailar o tomar algo. Con el tiempo dejé de tolerar hacer cola para ir al baño, que me empujaran para llegar a la barra o que me tiraran cerveza en la ropa. Lo que menos toleraba era sentirme invadida por la cercanía de un chico a quien no había llamado, el maltrato ante la negativa de aceptar un trago o la imposición tácita de que si bailábamos tenía que pasar algo. Sentía culpa. También impotencia. ¿Por qué alguien que no me conocía podía insultarme si yo sólo quería salir a divertirme? Nunca lo toleré, pero si lo naturalicé. Pensé que a eso me exponía si elegía ir a un boliche. De a poco dejé de ir y los

cambié por bares donde la música más baja habilita la charla. La anécdota del vaso roto pasó en un bar. La recordé después que un grupo de chicas, también en un bar, denunciara la complicidad de los mozos cuando no evitaron que unos chicos las acosaran. Los medios se hicieron eco y el acoso en la noche había dejado de ser natural. Algunas personalidades conocidas salieron a hablar en las redes sociales y contaron sus experiencias. Las criticaron. ¿Cómo iban a cuestionar el tan avalado chamuyo del macho? Dijeron que seguro querían fama, exageraron o se vengaron porque los tipos no les dieron bola. Pero las mujeres no callaron. Y siguieron contando y denunciando. Eso que pasaba en los boliches y en los bares, eso que parecía tan obvio, eso que habíamos “provocado”, eso que molestaba tanto pero había que aguantar, lo estábamos cambiando. La dueña del bar denunciado implementó un protocolo de género que fue un antecedente para otros lugares y que hoy forma parte del proyecto de ordenanza para regular la nocturnidad. Porque hablar de noche no es sólo hablar de cuán tarde cierra un boliche o dónde se puede o no bailar. Hablar de noche es hablar del derecho al goce que tenemos las mujeres. Del derecho a tomar y divertirnos sin tener miedo. De salir y no pensar si el short es muy corto, si me pinté de rojo los labios o si tomé demasiados tragos. El feminismo llegó para eso. Para quitarnos la culpa por gozar y habilitarnos a gozar como ellos. Para entender que sólo está bien lo que nos gusta. Y para que la noche sea de las chicas que sólo quieren divertirse (y –como Cyndi Lauper anotó en su remera– tener derechos fundamentales). *

Luciana Mangó
Trabajadora de Ciudad de El Ciudadano

GIRLS
GIRLS
GIRLS



un diario feminista!



Harta de que su pareja la maltratara, y quisiera matarla con un cuchillo, le dio con el ojo del hacha en la cabeza. Harta de que su marido la golpeará, le metió dos cuchillazos. Harta de que su concubino la hostigara mientras ella intentaba calmar su dolor de oído lo roció con alcohol y lo prendió fuego. Construcciones de este tipo se leían a diario en estas páginas allá por 2001, mientras la larga y dolorosa recesión del menemcavallismo caminaba hacia el diciembre trágico. Desde las fiscalías indicaban que la mitad de sus intervenciones eran ese año de "maltrato familiar", o "violencia doméstica", como en aquella época muchos mencionábamos la violencia de género. Habían pasado dos años de la experiencia de vanguardia de *La Cazadora* y en la sección policiales (Luis Bastús era el jefe y Silvina Tamous la subjefa) describíamos las violencias que particularmente parecía producir ese 2001, que expulsaba cada día más y más ciudadanas y ciudadanos a la indigencia. Intentábamos también contextualizar esas violencias y, en el caso de la violencia de género, apoyábamos los casos en estadísticas y consultas a las pioneras de la red Rima, de Indeso Mujer, de Insgenar: replicábamos la idea de que las fuentes oficiales no fueran las predominantes en nuestras páginas. "Ustedes están resemantizando el periodismo de la ciudad", exageraba por entonces una feminista amiga. Ese gerundio marcaba una escena indefinida, la de un aprendizaje para ser trabajado cada día, por entonces con más tropiezos y desconocimiento que por estos días en cuanto a una mirada no sexista en el abordaje de las diferentes temáticas de las crónicas del crimen. Un intento de mirada equitativa, con eje en la ampliación de derechos, que se replicaba en las compañeras (pero también en algunos compañeros) de otras secciones del diario. Pasaron las décadas, pasaron los dueños, pero la construcción de una perspectiva igualitaria se fue afianzando en la tarea diaria de hombres y, sobre todo, mujeres que trabajamos en este diario en sus diferentes etapas. Primero peleando en la calle para hacer valer nuestros derechos como trabajadorxs, luego afianzando ese colectivo en una construcción asociativa. Desde que nos convertimos en cooperativa, en octubre de 2016, esa mirada de género se estableció como uno de los pilares sobre los que edificamos nuestros contenidos. Ya no sólo en nuestras páginas sino también de manera mucho más frecuente en nuestra portada. Como nos define una de las fundadoras de *La Cazadora*: "¡Un diario feminista!". *

SEGURO
LEGAL
GRATUITO

La Cazadora



Aborto en Rosario, las cifras del silencio

Por María Marín

El corte publicitario asegura que no hay más casos de abortos. Pero los datos de los hospitales dicen lo contrario. En Rosario, la práctica del aborto es común. La mayoría de los abortos se realizan en la ciudad, pero también en otros puntos de la provincia. Según los datos de los hospitales, en Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

además Rosario, lo que equivale a 800 abortos por mes y más de 20 por día. Según según el análisis del profesional "¿Por qué Rosario es así?" publicado en el sitio web de la ciudad de Rosario, el aborto es común en la ciudad de Rosario, pero también en otros puntos de la provincia. Según los datos de los hospitales, en Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

El aborto es común en la ciudad de Rosario, pero también en otros puntos de la provincia. Según los datos de los hospitales, en Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

El aborto es común en la ciudad de Rosario, pero también en otros puntos de la provincia. Según los datos de los hospitales, en Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

Fra de 60.000 abortos anuales". Otros datos de Rosario la 36.222 el día. Los datos de Rosario son superiores, porque los que se ven en Rosario son los que se ven en Rosario. En Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

El aborto es común en la ciudad de Rosario, pero también en otros puntos de la provincia. Según los datos de los hospitales, en Rosario se realizan unos 100 abortos al mes. En otros puntos de la provincia, como en Tucumán, se realizan unos 50 abortos al mes. En total, se realizan unos 150 abortos al mes en la provincia de Santa Fe.

#QUESEALEY

ABORTO LEGAL

educación sexual para decidir
anticonceptivos para no abortar
aborto legal para no morir



 cazadoras

Este producto es propiedad de Cooperativa de Trabajo LA CIGARRA LIMITADA, editora del diario El Ciudadano & La Región y de www.elciudadanoweb.com
Matrícula Nacional N° 55984
Matrícula Provincial N° 3707
Redacción: Brown 2793,
Rosario, Santa Fe, Argentina.
Fijo: +54 (341) 435 3798
Movil: +54 (341) 156-707909
Contacto comercial: ventas@elciudadanoweb.com
(CC) Atribución-CompartirIguual 2.5, Argentina
Todos los derechos reservados

EL CIUDADANO
& la región

20 años de construcción
de periodismo feminista